

## 24. "ÉRASE UNA VEZ...". UN CUENTO COMO INSTRUMENTO DE FORMACIÓN EN VALORES HUMANOS.

RUTH MARTÍNEZ MADERO  
ANA ROSA LOZANO SANTERVÁS

Si buscamos en una enciclopedia la palabra *valor*, encontramos varias acepciones del término: En economía, propiedad y medida en que un bien es adecuado para satisfacer una necesidad humana; en filosofía, objeto cuya forma de realidad es el valer, no el ser; en matemáticas, medida de una magnitud o de una cantidad o cifra que expresa esa medida; en música, duración de una nota...

En definitiva, la palabra valor implica medir, tasar, apreciar. Y esto es lo que hacemos con las personas que nos rodean: de algún modo las tasamos interiormente y vemos si esa persona nos aporta algo o no. Podemos medir a la gente bajo dos criterios distintos. El primero podría llamarse el *criterio de cantidad*, por el cual lo que medimos es lo que tiene la persona en términos materiales: dinero, poder, influencias, etc. El segundo sería el *criterio de calidad*, es decir: valores de esa persona, carácter, capacidad de amar, etc. Es este segundo criterio el que deberíamos utilizar siempre, y sin embargo no lo hacemos. La pregunta es ¿por qué?

Mirando a nuestro alrededor, vemos que tanto el hedonismo (filosofía que considera el placer como único objetivo en la vida) como el epicureísmo (que propone como moral la búsqueda de este placer) nos dominan. Tratamos de lograr el placer, el bienestar absoluto, la felicidad suprema, y vivimos frustrados porque no alcanzamos nunca este estado, sin pararnos a pensar que esto se debe a que seguimos el camino equivocado. «Compre», «gane», «Tenga»...etc. Son imperativos que nos bombardean diariamente y nos impulsan a amasar, poseer y desear cosas. El dinero va cobrando mayor importancia, así como el poder, la clase social y la belleza física. Nos convertimos en esclavos de nuestro trabajo, porque el trabajo nos da dinero y el dinero nos da placeres. Cuantos más placeres tenemos más deseamos, más dinero necesitamos y más tenemos que trabajar. Y así vamos, inmersos en un mundo de competencia

que funciona a marchas forzadas, que nos proporciona más penas que alegrías pero del que es imposible desengancharse, porque es como una droga que hace que olvidemos otros aspectos importantes de la vida y mucho más satisfactorios.

*Erase una vez...un importante hombre de negocios. Siempre andaba de un lado a otro con su maletín, su teléfono, su corbata y sus gafas de sol cerrando tratos, comprando acciones y arreglando el mundo. Tenía en su despacho una secretaria y una ayudante personal, y sin embargo llegaba a casa todos los días destrozado de tanto trabajar. Necesitaba días de veintisiete horas, y noches de dos. Su mujer le decía: «Pero hombre, deja que tu secretaria y tu ayudante te hagan la mitad del trabajo». Lo que esta dulce esposa no sabía es que su marido tenía tal afán de perfección que no dejaba a nadie hacer nada, porque pensaba que era el único capaz de hacer un trabajo como Dios manda. Era, hablando en términos coloquiales, un «agonía». Y así le llamaban sus empleados. El «agonía» sólo se tomaba quince días de vacaciones al año porque no se fiaba de su plantilla. Mientras sus hijos jugaban en la playa y su mujer tomaba el sol, él se achicharraba el tímpano con el teléfono móvil. Llamaba todos los días a distintas horas, para que sus subordinados no se lo esperasen y ocupasen sus puestos.*

*Así pasaron los años, y después de sufrir dos anginas de pecho, un infarto y constantes ataques de ansiedad, el «agonía» se vio obligado por prescripción médica a tomarse un mes entero de vacaciones. Casi le da un segundo infarto. «¡Un mes! El médico se ha vuelto loco. ¿Quién llevará el negocio? Perderé dinero, clientes, prestigio. Puedo incluso arruinarme. ¡No puedo permitirme ese lujo!». Así se lamentaba, aunque de nada le sirvió, pues su mujer, viendo que ya tenía el pie derecho y parte del izquierdo al otro lado de este valle de lágrimas, se mostró inflexible, diciéndole: «Prefiero tenerte arruinado a tenerte muerto». Y lo que nuestro amigo pensaba que sería un calvario de ansiedades, resultó ser la experiencia más hermosa de su vida. Descubrió que si no llamaba un día a la oficina ¡no pasaba nada!*

*Realizó el experimento varias veces, comprobando con agrado que todo seguía funcionando. También descubrió lo guapísima que se había puesto su hija, que estaba en tercero de carrera, y lo simpático que era el chavalete que venía a recogerla todas las tardes. Luego se enteró, preguntándole a su mujer, de que ese chico era su novio, y que llevaban cuatro años saliendo. Se hizo amigo del perro, en el que no había reparado nunca, y se lo llevaba cuando salía de paseo con su mujer por el parque. Llamó a sus antiguos amigos, y disfrutó de lo lindo recordando sus tiempos de estudiante mientras tomaba unas cañas con ellos. También se puso al día en los asuntos de familia, y se enteró de que a su hermana la habían operado del riñón el año pasado; de que su sobrino Luis, el niño que siempre le manchaba los pantalones con el bocadillo de nocilla, trabajaba en una importante constructora y tenía ya dos hijos; de que su primo del pueblo estaba en Londres trabajando... La familia había cambiado. Faltaban algunos, otros eran nuevos, pero comprobó lo agradable que era compartir su vida con ellos.*

Un día, en uno de sus paseos habituales con su mujer y el perro por el parque, vió a unos niños jugando, y se acordó de cuando llevaba a su hija pequeña a jugar con sus amigos, y le invadió de pronto una enorme tristeza, pues cayó en la cuenta de los años que había perdido tratando de crear fortuna. «Dios mío; ¿Qué he hecho?» se decía. «Me he perdido la infancia de mi hija, los mejores años de mi mujer, he olvidado a mi familia y a mis amigos. Y todo ¿para qué?, para ganar dinero, para salvar mi empresa, para lograr posición, para que a los míos no les faltase de nada, sin darme cuenta de que lo que de verdad necesita mi hija es un padre; mi mujer, un marido; mi hermana, un hermano...

«Había olvidado por completo lo agradable que es hablar con mi mujer, contarle mi trabajo, mis sueños, mis problemas. Había olvidado lo divertido que es reírse con los amigos de lo último que le pasó a uno de ellos. Había olvidado lo que es dormir tranquilamente, de un tirón. Había olvidado... vivir.» Y el «agonía» lloró por todo lo que había dejado en el camino. Y se abrazó a su mujer, y le pidió perdón por haberla tenido tan olvidada; y cuando llegó a casa abrazó a su hija y también le pidió perdón, y les agradeció el que le quisieran tanto a pesar de lo mal que se había portado con ellas. Y pidió perdón a todo el mundo, incluso al perro, y se prometió a sí mismo que jamás renunciaría a las cosas buenas de la vida por un paquete de acciones. Contrató a nuevos ayudantes, redujo a la mitad su jornada laboral y se dedicó a recuperar los años perdidos. Viajó con su mujer, se ocupó de organizar la boda de su hija, no se perdió ni una cena de navidad, ni un bautizo, ni dejó de visitar a nadie que estuviera enfermo... Y pasados los años, tumbado en la cama, ya muy viejo, pensó que ahora podría morir tranquilo, porque había tratado de dar lo mejor de sí mismo a toda la gente que le quería. «¡Qué diablos!» se dijo, «me lo he pasado en grande, he hecho disfrutar a los míos, y he logrado el sueño de mi vida: ser completamente feliz». Con este pensamiento cerró los ojos, se durmió, y ya no se despertó. Fueron muchos los que le lloraron de corazón, y cuando la noticia de su muerte llegó a la oficina, nadie dijo que se había muerto el «agonía», sino don Javier.

Esta historia, quizá algo exagerada, ilustra los miles de casos que existen de personas que sacrifican su vida en la búsqueda de algo que al final resulta no ser tan importante. Nuestro protagonista se dedicaba al trabajo, pero otros se dedican a su cuerpo, al éxito, etc. Cuidamos la corteza y dejamos que el fruto se pudra. Este cuento tiene un final feliz, pero desgraciadamente no siempre ocurre así, sino que la gente muere frustrada porque su trabajo no ha servido de nada, porque no han logrado sus expectativas. Incluso a veces es este sentimiento el que provoca la muerte. Nos estamos perdiendo en un laberinto de deseos e insatisfacciones del que sólo podremos salir si le damos importancia a lo que verdaderamente la tiene. La felicidad debe ser el verdadero sentido de nuestra vida, no la posesión. Y la felicidad verdadera no se consigue renunciando o perdiendo los valores esenciales. Sólo se vive una vez, es un recorrido en el que no hay vuelta atrás. Sería triste llegar a la meta y comprobar que

no hemos disfrutado del paisaje, que hemos dejado atrás los pequeños placeres en la búsqueda del gran momento que nunca llegó. Y entonces ya no podremos hacer nada, salvo lamentarnos. Deberíamos reflexionar todos un poco y decidir si el estilo de vida que seguimos es el adecuado, si el ritmo es demasiado rápido, si estamos inculcando a nuestros hijos los valores humanos que han de tener para desarrollarse como personas. Esto es lo que a nuestro juicio debe ser lo principal en nuestra existencia: tratar de ser mejores en el sentido humano. No nos hagamos esclavos de nada, y pensemos en las palabras de Epicuro: «El que no considera lo que tiene como la riqueza más grande, es desdichado, aunque sea dueño del mundo».